

V

.....  
La noche viene tibia ; se cuelga ya brillando  
la blanca luna, en medio de un cielo de záfir,  
y todo allá en los bosques se encoge y va callando,  
y todo en tus riberas empieza ya á dormir.

Entonces, en tu lecho de arena, aletargado,  
cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,  
también te vas durmiendo, apenas alumbrado  
del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas, muelle ; ni turban tu reposo  
del remo de las barcas el tímido rumor,  
ni el repentino brinco del pez que huye medroso  
en busca de las peñas que esquivá el pescador.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,  
ni el ronco que á los aires los caracoles dan,  
ni el *huaco* vigilante que en gritos lastimeros  
inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

.....



Es Ignacio Manuel Altamirano el autor de esta poesía.

Venga acá el viajero que se pica de artista, ó el que, sin serlo, al menos, goza con los cuadros vivos de la naturaleza, y diga si la composición anterior no es una reproducción exacta de lo que ha visto á su paso entre las marañas del bosque y á la margen de un río en el crepúsculo vespertino.

Altamirano es allí tan verdadero pintor, que nadie, por ignorante que sea, le confundirá con un copista de segunda mano.

Los ramplones poetas cuyo furor descriptivo se desarrolla á expensas de la lectura de otros autores, no alcanzarán jamás la sencillez y verdad que respiran esos renglones, trazados por un hijo de la selva que describe el *Atoyac*, su río nativo, como pocos americanos saben describir con la pluma los objetos que ven y palpan.

¿Dónde está el artificio de esta composición? ¿Á qué poeta antiguo ó moderno ha imitado el autor?

Productos así, tan espontáneos del numen, aparte de su belleza, marcan un progreso

sensible en el arte americano, tal como le desean los que no se resignan á imitaciones más ó menos felices de lo que se escribe allende el Atlántico.

Ni el repentino brinco del pez que huye medroso en busca de las peñas que esquivo el pescador...

Estos versos son de un mérito imponderable. Cuánta naturalidad y cuánta novedad al mismo tiempo, en la manera de presentarnos este vulgarísimo accidente sobre la superficie de un río!

¿Y el silbo agudo de los *grillos* y el ronco de los *caracoles*, en los esteros, como el grito del *vigilante huaco* que,

Inquieta entre los juncos el sueño del caimán,

no impresionan hondamente al que conoce los lugares descritos, ú otros semejantes en los agrestes valles del trópico?

Fué Altamirano, hasta su muerte, propagandista ardoroso de la independencia literaria de México, y apuntar es justo en sus obras, determinado estilo y tendencias hacia



la emancipación que en grande escala han continuado ya sus discípulos.

Hasta aquí, con Carpio, Prieto y Ramírez, no he podido hacer respecto á originalidad propiamente dicha, sino un tanteo en la sombra. Mas, con Altamirano, empieza mi tarea á ser comprensible, porque algo proporciona en sus versos este poeta, que es franca evolución literaria, maduro fruto del estudio y del carácter nacional mexicano desarrollado en la contemplación de su naturaleza y el amor á las luchas por la libertad y los ideales filosóficos más avanzados en el décimo nono siglo.

Era muy joven Altamirano cuando escribió su famosa composición *Las abejas*. Hay en ella cierto amaneramiento escolástico; perdonable á un adolescente. En cambio, esos versos anuncian una inteligencia de primer orden, una inspiración fresca, pura como el agua del manantial que baja de la montaña y no ha podido enturbiarse corriendo sobre lecho de pórfido, lamiendo orillas tapizadas de musgo y florecillas silvestres.

El plan de *Las abejas* es de una moral sen-

cilla, y copiaré aquí las estancias finales para que se juzgue al poeta en los primeros pasos de su juventud, cuando nada anunciaba que había de mezclarse él también, en la alborotada vida de los grandes centros sociales.

¿ Ves discurrir, zumbando entre las flores  
de este carmen umbroso y escondido,  
afanosas buscando las abejas  
el néctar delicioso apetecido ?  
Mira cual van dejando desdenosas  
de su brillo apesar y su hermosura,  
las flores venenosas.  
Ellas buscan quizá, las más humildes,  
las que ocultas tal vez en la espesura,  
de las agrestes breñas,  
apenas se distinguen, ó en la obscura  
grieta se esconden de las rudas peñas.  
Ellas no creen que al ostentarse ufanas  
aquellas que parecen  
con mayor altivez y más colores,  
sean también las que ofrecen  
los nectarios mejores.

Tú, imita ese modelo,  
pobre insecto, es verdad, pero dotado  
por el pródigo cielo  
de un instinto sagaz y delicado ;  
y en el jardín del mundo,  
si el néctar de la dicha libar quieres  
para endulzar las penas de la vida,



deja la flor pomposa, envanecida,  
que á la virtud en su soberbia insulta.  
busca á la que se oculta  
viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana  
tu corazón sedujo; tú la amaste  
y alimentando esa pasión insana,  
tu puro corazón envenenaste.  
Olvídala, y que presto,  
ya despertando de tu error funesto,  
puedas hallar la miel de los amores  
de esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra  
nuestras montañas y risueños prados,  
la que garbosa con diadema negra  
de cabellos rizados  
su tersa frente candorosa ciñe,  
que el alba pura con sus lampos tiñe;  
la de los grandes y rasgados ojos,  
la de los frescos labios purpurinos  
que rien, mostrando deslumbrantes perlas;  
la de turgentes hombros y divinos  
que la Venus de Gnido envidiaría,  
mírala: ¿no enloquece tu alma, joven,  
como hace tiempo enloqueció la mía?  
¿La faz de tu perjura es comparable,  
y su pálida tez marchita y fría  
do la salud y la color simula  
comprado aceite, con la faz rosada  
de esta virgen del bosque,  
do la sangre purísima circula

con el calor y el aire de los campos,  
y con la grata esencia  
que en su redor esparce la inocencia?

Dime ¿á apagar su fuego esa mirada  
con el ansioso labio no provoca?  
¿Quién al verla riendo, no querría  
libar la miel de su encendida boca?  
¿Quién no deseara con delirio ciego  
estrecharla en sus brazos un instante?  
¿Dónde buscar de amor el sacro fuego  
sino en su blanco seno palpitante?  
¿Y dónde hallar la dicha que asegura  
su fe constante y pura?

Estas humildes flores busca ansioso,  
abeja del amor, y no te cuida  
de los torpes placeres  
que te ofrece la corte corrompida,  
si el néctar de la dicha libar quieres  
para endulzar las penas de la vida.

Escribir así á los veinte años, cuando no  
se tiene idea clara del arte, es un triunfo. La  
severa crítica de hoy encontraría en *Las abe-  
jas*, algunos ripios y voces que pertenecen al  
léxico diluviano romántico, y que emplean to-  
davía no pocos rezagados poetas en la actua-  
lidad; pero, esa misma crítica que no perdona  
ya *el alba pura*, *los rasgados ojos*, *los purpuri-*



*nos labios, las deslumbrantes perlas* y otras veces que asoman en la anterior composición, tendría sí, que confesar al juzgarla imparcialmente, que en su conjunto es muy bella y que puede compararse con las valiosas joyas del arte griego.

Después de *Las abejas*, la fantasía de Altamirano tomó otro rumbo. No se acomodaba á su genio la escolástica antigua y revélase en *El Atoyac*, como en otras muchas composiciones posteriores á 1860, libérrimo cantor de la naturaleza patria.

Su americanismo fué pasional y no tuvieron en el Norte, los americanos del Sur, propagandista más ardiente de su poesía que Altamirano.

La originalidad del arte en América tuvo en él un campeón infatigable como bien lo recuerdan hoy sus discípulos.

Multitud de composiciones entre las que se recomiendan *Flor del Alba*, *La salida del sol* y *La caída de la tarde*, dan testimonio de la evolución provechosa de este poeta en el sendero que indico.

Los acentos patrióticos de Altamirano no

recuerdan á Quintana, á Gallego, á López García. Júzguesele por estos fragmentos:

Si, donde quiera en la empeñada lucha  
altivo el patrio pabellón ondea :  
¿Qué importa que el cobarde abandonando  
las filas del honor, corra á humillarse  
del déspota á las plantas, tembloroso ?  
¿Qué importa la miseria ? ¿qué, la dura  
intemperie y las bárbaras fatigas ?  
¿Qué, el aspecto terrible del cadalso ?  
Este combate al miserable aparta  
del desamparo ; el fuerte no se turba ;  
sólo el vil con el número bravea.  
¡ Cuán hermoso es sufrir honrado y libre,  
y al cadalso subir del despotismo  
por la divina libertad, cuán dulce !

.....  
¡ Oh ! yo te adoro Patria desdichada,  
y con tu suerte venturosa sueño.  
Me destrozan el alma tus dolores,  
tu santa indignación mi pecho sulre.  
Ya en tu defensa levanté mi acento ;  
tu atroz ultraje acrecentó mis odios ;  
hoy mis promesas sellaré con sangre,  
que en tus altares consagré mi vida !

Nada de hinchado ni fanfarrón hay en los versos que dejo copiados, pero sí mucho de



varonil y profundamente sincero. Es éste el lenguaje de un héroe,—y Altamirano lo fué,— que rompe en cláusulas donde relampaguea el valor y asoma en sentidas frases la resolución de morir; pero no de morir solamente *en verso*, como pretenden ciertos vates poco animosos ante el peligro.

En apoyo del poeta, venga lo que dice del hombre uno de sus biógrafos:

“Como si la fama no se hubiese hallado satisfecha con haber elevado á Altamirano á tan grande altura, le proporcionó nuevas é imperecederas glorias con la guerra de intervención francesa y del imperio de Maximiliano. Lanzóse á combatir en 1863; en 1866 ganó la acción de Tierra Blanca; tres días después la de los Hornos; en 1867, obligó á los imperialistas á evacuar todas las plazas que ocupaban en los estados del Sur, se apoderó de Cuernavaca, pereciendo en la acción el jefe imperialista; ocupó el Valle de México y llegó á situarse á cuatro leguas de la capital. En marzo del mismo año marchó al sitio de *Querétaro*, distinguiéndose en los más reñidos encuentros, tales como el del Cimata-

rio, en 28 de abril y el de Callejas el 1º de mayo, siendo recomendado por el general en jefe como un héroe...”

El poeta guerrero pinta así la situación de su patria en la guerra de Intervención:

¡Cómo abrigan las águilas francesas  
bajo sus alas que meció la gloria  
y sólo dan su sombra los valientes,  
á esos bandidos que rechaza airada  
doquier la humanidad! Nunca los bosques  
del áspera Calabria, ni la arena  
del árabe desierto, ni las torvas  
soledades del Norte, que ligero  
cruza el indio feroz, vieran un día  
tantos delitos bárbaros y horribles  
cual cometieran en su infanda lucha  
en mi Patria infeliz, los despiadados  
guerreros de la cruz y de la Iglesia!

Adivínase á Altamirano cuando escribía estos versos, sintiendo cólera. Santa cólera, por cierto, la del patriota mexicano; cólera igual á la que debieron sentir los viejos latinos fulminadores de anátemas contra la tiranía, en tan robustas estancias cual la transcrita.

Pues bien, este hombre á quien los cleri-



cales de entonces han llamado energúmeno, tenía el corazón de un niño. Era la personificación del maestro benévolo, cariñoso. Gutiérrez Nájera, decía de él: “Es un prodigo: da todo lo que tiene. No estudia para sí; estudia para todos. Su inteligencia no es avara, nada guarda. Altamirano es un admirable maniroto que á nadie escatima su talento. Él dijo: *Dejad á los niños que vengan á mi!* y fué dueño de toda una generación! Esos niños fueron hombres; esos hombres son célebres; ¡y son suyos!”

Yo he podido juzgar, en efecto, cuán grande era la admiración y respeto que se le ha tenido mientras vivió.

El nombre *del maestro Altamirano*, sonaba en mis oídos á cada instante cuando me hallaba en México. No había un solo joven literato de los muchos que tuve allá la fortuna de conocer, que no me hablase de él con verdadero amor, casi con fanatismo.

Es el *Liceo Mexicano* la principal asociación literaria á que tuve acceso en 1892 y á la que me honro todavía en pertenecer. Considero esta sociedad, un templo del arte en que se

venera á las grandes figuras literarias de México, y no exagero al decir que en ese templo, por consentimiento unánime, se ha consagrado á Altamirano el altar mayor.

Los méritos de este hombre no se discuten allí: se le dispensa el culto ciego de los católicos á sus santos. ¿Puede sorprendernos aquello? Altamirano fué un santo de las letras, un espíritu noble, consagrado enteramente á la juventud; un maestro que no omitió jamás sacrificio material ni moral por el más pobre é insignificante de sus discípulos.

Á Luis González Obregón, José P. Rivera, Balbino Dávalos, José María Bustillos, Ángel de Campo, Ezequiel A. Chávez, y tantos otros jóvenes de talento, miembros del *Liceo Mexicano*, que tienen conquistada en su patria una envidiable reputación, oía yo frecuentemente lamentarse de la ausencia del maestro en Europa, por comisión del Gobierno desde el mes de agosto de 1889.

— Si Vd. le tratara — decíanme, — tendría que profesarle el mismo cariño que nosotros le profesamos.



—¿Y cómo no lo he de querer?— contestábales yo, — si para tal extremo es innecesaria la materialidad de estrechar su mano? Le conocí por sus obras á la distancia, y es privilegio de ciertas almas despertar con sus obras la ardiente simpatía del que las lee.

Un hombre que inspira á la mocedad ilustrada y talentosa de México el cariño verdaderamente exaltado que ha sabido inspirar Altamirano, tiene que ser, por fuerza, un cerebro lleno de luz, un corazón todo fuego, todo amor y benevolencia.

Altamirano, indio puro, lo mismo que Ramírez y Juárez, forma con éstos una trinidad gloriosa.

El vigor intelectual y moral de los nativos pobladores de México es digno de notarse, en contraposición á los demás indios que han alentado desde la margen del *San Lorenzo* al archipiélago de los *Chonos*.

Los *pieles rojas* al Norte y los *araucanos* al Sur, mostraron siempre un valor idéntico al de los mexicanos, pero carecieron de un intelecto desarrollado, de esa condición moral que se perpetúa en las razas aún bajo la es-

clavitud, preparando lentamente su engrandecimiento con la adquisición de los elementos civilizadores que le faltaron.

La indomable energía de *araucanos* y *pieles rojas*, más es signo de orgánica estupidez que de simple salvajismo ó inconsiderado amor á la libertad.

El hombre enteramente feroz, sólo apto para la lucha, es un sér incompleto y por lo mismo condenado á sucumbir en el campo destinado á la actividad de otras fuerzas. ¿Por qué los leones y las panteras van disminuyendo de día en día? Porque no caben en sociedad con el hombre ni con los animales domésticos. Y de que hay hombres fieras, responde el acabamiento rápido, rapidísimo, de los que luchan á brazo partido contra la civilización, como sucede con los *araucanos*, los *pieles rojas* y ciertas salvajes tribus del continente africano.

El indio de México, valeroso pero no indomable, se sujetó primero á la civilización azteca y á la española después, porque tenía condiciones de viabilidad que resultan extraordinarias en comparación á las de otros



indios. Inteligente como el que más, lleva en su sangre un principio enérgico que se manifiesta en todos sus actos. Son revelaciones en grande, de este principio, los caracteres de Juárez, de Ramírez y Altamirano.

¿Qué nación americana exhibe siquiera un indio de raza pura, comparable en su respectiva línea á los nombrados anteriormente?

Sin remontarme á *Netzahualcóyotl*, el sabio azteca que maravilló con su ciencia á los españoles, podría citar infinitos nombres de abogados, médicos, literatos, teólogos y militares indios que han conquistado en México una posición elevada con sus esfuerzos.

El Perú, que, después de México, es la república americana que cuenta con mayor número de pobladores indígenas, no puede sostener una competencia digna con su hermana del Norte, por dos razones. Es la primera, el ovejuno carácter de sus autóctonos, y la segunda, el lamentable abandono en que se les mantiene respecto á instrucción y mejoramiento civil.

Es el indio peruano mucho más frío y

apático que el de México. No se puede esto atribuir como resultado, al despotismo de España, porque con igual ó mayor fuerza que aquí se sintió allá tal despotismo por tres centurias. Hay algo, pues, de nativo en esa depresión moral del indio peruano.

*Cahuide* y *Tupac-Amaru* fueron dos héroes; pero ¿es morir con valor la única nota que exhibe una raza como comprobante de sus aptitudes para la vida civilizada de nuestros tiempos?

La organización incaica, muy superior á la azteca en algunos puntos, está anunciando con su mansedumbre histórica, que se trataba más que del gobierno de un pueblo, de la dirección de un rebaño.

Los feroces aztecas, los guerreros infatigables, no podían dictar leyes blandas como las del Perú, porque en México se necesitaba sujetar pueblos que no pagaban tributo á la simple intimación de un monarca, por poderoso que fuese, sino que oponían una resistencia tenaz, horrible, desconocida á los ejércitos conquistadores de *Pachacutec* y *Tupac-Yupanqui*.



Como ilustración particular sobre esta materia, recomiendo la lectura de una obra del licenciado Don Eduardo Ruiz, titulada *Michoacán*. Se refieren allí con gran talento y belleza de estilo, las espantosas luchas mantenidas entre las tribus acampadas á las orillas del lago de *Pátzcuaro*, y la resistencia heroica que todas ellas juntas, formando ya un solo pueblo, opusieron después á la dominación azteca desde el siglo XIII hasta el arribo final de los españoles.

Los indios del Perú que llegan á instruirse, no adquieren por este hecho, superioridad moral apreciable. Lastima verles siempre dispuestos á la servidumbre y aun á la opresión de sus hermanos que se agitan en las tinieblas de la ignorancia.

No faltan entre los indios del Perú algunas *ilustraciones*, pero, ¿y los caracteres? ¿dónde están esos rasgos de la verdadera hombría, esas líneas salientes de la individualidad, por las que muchas veces se reconoce la fisonomía de todo un pueblo?

Un indio como Juárez en el Perú, sería algo inconcebible y que se negarían á reconocer

sus propios hermanos de Ayacucho, del Cuzco, de Junín ó de Cajamarca.

Los indios del Perú forman las cuatro quintas partes de su población. Y otra fuera la suerte de nuestro país, si en tan considerable masa prevalecieran los instintos del mexicano puro; si el contingente de indios ilustrados fuera aquí, como allá, una fuerza latente que vigoriza y colora desde los simples municipios hasta la más alta magistratura.

Las eminencias del valor, del talento y aun de la criminalidad, salen en el Perú de las razas blanca y mestiza. En nuestra raza india no se conocen hasta hoy los ímpetus superiores que apartan enteramente al hombre de la naturaleza del bruto.

Me he propuesto decir la verdad y á cada paso tropezaré con el peligro de fijarla en caracteres de imprenta.

Si es falta de patriotismo confesar ante el mundo lo que constituye, quizá, nuestra mayor desgracia, declaro no ser patriota. Sin embargo, yo perseguiré siempre la reacción de nuestras abatidas fuerzas por medio del



estímulo, de esa corriente magnética que suele obrar prodigios en las naturalezas no refractarias al bien y que yacen tan sólo sepultadas en un temporal adormecimiento.

Ojalá nuestra raza india durmiera sólo, para despertar un día con el ya probado vigor de la mexicana!

VI

El General Don Vicente Riva Palacio, correligionario de Prieto, Ramírez, Altamirano, Ocampo, Zarco, Gutiérrez Zamora, Payno y casi todos los grandes hombres que han ensanchado la vida intelectual de México en la Reforma, es también un poeta notabilísimo.

Pertenece al número de los inmortales, á la fracción escogida que brilla hoy con la luz propia de su talento, y que seguirá brillando mañana en el cielo de *Anáhuac*, con resplandores más vivos en el sentido inverso de la distancia.

Ocupa entre la constelación poética mexicana, un puesto demasiado visible para que le olvide yo en mi trabajo.